



Nostalgias de un gigante boliviano

La historia del Gigante Manuel Camacho

Ariel Beramendi

www.arielberamendi.com

¿Dónde adquirir la novela?



BOLIVIA

Editorial Plural

LA PAZ

Editorial – Imprenta – Librería

Rosendo Gutiérrez Num. 595 esq. Ecuador

Tel.: +591 2411018 - Casilla 5097

www.plural.bo

Email: plural@plural.bo

COCHABAMBA

Librería

Nataniel Aguirre Num. 354

Tel.: 4511547

Email: cochabamba@plural.bo

ARGENTINA

Editorial Autores de Argentina

Malabia 1270, Palermo (CABA).
Tel.: +549-11-2259-0008.
www.autoresdeargentina.com
Email: dg@autoresdeargentina.com

RESTO DEL MUNDO

Amazon.com

Link: <https://a.co/d/67c7B9w>

Nostalgias de un gigante boliviano

La historia del Gigante Manuel Camacho

While every precaution has been taken in the preparation of this book, the publisher assumes no responsibility for errors or omissions, or for damages resulting from the use of the information contained herein.

NOSTALGIAS DE UN GIGANTE
BOLIVIANO

First edition. June 1, 2023.

Copyright © 2023 Ariel Beramendi.

Written by Ariel Beramendi.

Tabla de Contenido

Nostalgias de un Gigante Boliviano	1
Introducción	7
Parte I Un gigante enamorado forma su familia.....	15
Parte II Los orígenes del Gigante Manuel Camacho.....	65
Parte III La familia y el circo.....	157
Parte IV Brasil y la vida entre los tres	225
Parte V Después de la muerte	331
Epílogo.....	393
Imágenes	427
Sobre el autor: www.arielberamendi.com ...	443

Ariel Beramendi

"El que es diferente de mí no me empobrece, sino que me enriquece. Nuestra unidad se basa en algo superior a nosotros mismos, en el Hombre... Pues ningún hombre quiere escuchar su propio eco o verse reflejado en un cristal."

Antoine de Saint-Exupéry

Dedicado a Poli (†), Gerardo, Valentina y Walter
(†)

Esta novela está basada en hechos reales.

Introducción

Buenos Aires, 1946

Los camellos abrían el segundo bloque de la marcha circense y detrás de la jaula de leones caminaba pausadamente y balanceándose sobre sí mismo el Gigante Camacho; sus enormes y pesados pies avanzaban por la calle, pero para los cuatro enanos que lo acompañaban era difícil seguir el ritmo. Sus 2,30 metros de altura dejaban boquiabiertos a todos quienes veían el barullo. Seguramente, muchos de ellos se darían cita en el circo para conocerlo más de cerca.

El Gran Circo Norteamericano estaba de regreso al parque Chacabuco y se quedaría solo una semana porque su itinerario de espectáculos por la ciudad y otros destinos estaba programado: un mes después, el público de Brasil y de Uruguay conocería el espectáculo del autodenominado circo más grande de América Latina.

Esa tarde de viernes, la caravana del circo hizo su ingreso por las calles recientemente asfaltadas del barrio en el que la vida diaria estaba marcada por

el trabajo monótono y sacrificado de sus habitantes. Desde las casas construidas en serie emergieron los niños como hormigas juguetonas llenando las calzadas, y las amas de casa asomaban sus cabezas tímidamente para enterarse de lo que estaba sucediendo fuera de sus hogares.

En el mismo bloque en el que desfilaba el gigante boliviano también estaba *Cepillito*, el payaso que con sonrisas y saludos pletóricos entregaba pequeños carteles con el programa y los horarios del fin de semana: matiné a las tres de la tarde, tanda a las seis, y noche a las nueve.

El elegante traje de Manuel Camacho le calzaba a la perfección, era de color claro, una faja multicolor de tejido boliviano ceñía su cintura y un sombrero marrón de ala ancha cubría su cabeza; al caminar al son de la música, Manuel se agachaba, de tanto en tanto, para acariciar a los niños que se le acercaban embrujados por el bombo y las cornetas de la banda musical. Esas cabecitas se perdían entre los dedos del gigante, pues parecían de la misma medida de

su anillo bañado en oro, en el que se distinguían las iniciales M y C.

Los niños, hipnotizados por los personajes de la caravana, seguían a los artistas del circo por varios bloques, aun sabiendo que, al regresar a casa, les esperaba un jalón de orejas o una patada en la cola por desobedecer a sus madres y perderse en las calles sin permiso.

Todavía no había pasado un año desde que Manuel viajaba por la geografía argentina como artista del Gran Circo Norteamericano y, como todo circense, no tenía una residencia fija. El costo más alto en esa nueva etapa de su vida había sido dejar a su esposa y a sus tres hijos en Bolivia, y aunque se trataba de una ausencia momentánea, todavía sentía un nudo en la garganta cada vez que pensaba en ellos, pero ese era el sacrificio que les permitiría tener una vida mejor. Es más, apenas fuese posible, volvería para llevárselos consigo.

También para su joven esposa Vicenta, quien siempre lo apoyaba, era difícil la separación, pero él

debía saldar una deuda familiar y explorar mundos lejanos de las experiencias en Bolivia que habían sido poco gratificantes porque mucha gente se había aprovechado de su condición de gigante.

Cinco años después

—Lo siento Vicenta, pero ya no podemos tener el cuerpo de su marido en el hospital. Ya son tres días que ha fallecido y, sea como sea, mañana el cuerpo tiene que dejar la sala.

—Pero doctor, hemos buscado un ataúd en todo Buenos Aires, y ninguna casa fúnebre tiene un cajón tan grande para él. Veremos qué hacer mañana.

El olor a morfina no pudo anestesiar la angustia de Vicenta, sino que la arrojó nuevamente a la realidad del hospital Muñiz, en el que su esposo había pasado las últimas semanas. En el pabellón central, la longitud inerte del cuerpo de Manuel sobre la cama, seguía causando asombro. Dos semanas antes, cuando lo internaron, los enfermeros acomodaron cuatro mesitas de noche a los pies del

catre, para que sus pantorrillas y sus enormes pies descansaran con dignidad.

Con solo 38 años, Vicenta Gamboa estaba inaugurada en la viudez, poco importaba haber sido la esposa del *Hombre Más Grande Del Mundo* porque su situación no era nada fácil: emigrante y sin contacto con su familia, con cuatro hijos a su cargo, en una ciudad que no terminaba de comprender.

Hasta entonces, la mayor parte del tiempo, Vicenta y Manuel vivían en hoteles que ocupaban junto a los trabajadores del circo. En ocasiones alquilaban casas por algunas semanas, donde saboreaban la idea de un hogar; durante el último tiempo, la presencia de sus hijos les había brindado alegría, pero improvisamente llegó el invierno de la soledad: el jardín de flores indefensas quedó a la intemperie y sin su celador, así que el proyecto de una vida familiar se desplomó.

Los restos mortales del Gigante Camacho yacían en el hospital. El deceso sucedió como él mismo presintió. “Moriré a mis 50 años”, solía repetir. El

único apoyo para Vicenta era su paisana Vitalia, quien la ayudó a encontrar una funeraria en la que improvisaron un ataúd tan grande que las puertas de la ambulancia no se cerraban.

Al cuarto día, gracias a la municipalidad, se realizó un entierro sin pena ni gloria y a toda velocidad, los enfermeros aseguraron las puertas con una cuerda y solo Vicenta fue admitida dentro del vehículo. Al llegar a Chacarita, la ciudad donde “vivían” los muertos, se abrió una puerta lateral y los sepultureros hicieron su trabajo.

Sola y sin consuelo, al pie de la tumba de su marido, Vicenta dio media vuelta y paso tras paso se sumergió en la realidad que le esperaba. Hasta ese momento su vida giraba alrededor de su marido. ¿Tendría que regresar a Bolivia con sus cuatro hijos? ¿Dejaría los restos mortales de Manuel en una tierra que no era la suya? Y sobre todo, ¿cómo sacaría adelante a su familia?

—Señora, y tenemos que cerrar el cementerio —la interrumpió el sereno, devolviéndola a la

realidad en la que esperaban sus hijos: Poli, Valentina, Gerardo y el pequeño Walter.

Esta es la historia de mi padre.

Parte I

Un gigante enamorado forma su familia

1.

Cochabamba, febrero de 1931

Algunos lo llamaban Manuelito, la mayoría Gigante Camacho y otros, Camacho a secas, pero todos convenían en que era una celebridad nacional, faltaba poco para que su fama traspasara las fronteras.

A pesar de que había sido objeto de algunos fraudes por parte de sus representantes y que su confianza estaba condicionada, sin duda era uno de los mejores momentos en la vida de Manuel, quien veía con cierta normalidad su imagen en los periódicos y panfletos locales, o la gente que lo reconocía en las calles para saludarlo. Él se sabía un personaje público y estaba atento a su apariencia; aunque no vestía lujosamente, lo hacía con garbo y elegancia: sombrero de caballero, camisas de cuello alto, paletó del mismo tejido que el pantalón, confeccionado a medida, rematando en la parte inferior con un par de zapatos de buen cuero, de casi

50 centímetros de longitud, manufacturado en las tiendas artesanales de la calle España.

Poco o nada quedaba del enorme adolescente, introvertido, vestido con ropa de yute y que protegía sus pies con abarcas eternamente pequeñas, sin embargo, sus ojos y sonrisa risueña que adornaban su rostro lampiño, moreno y de mandíbula grande, todavía delataban su ingenuidad, a pesar de sus 32 años.

El hombre más grande de Bolivia se exhibía en los teatros y cines del país, demostrando su doble habilidad como pugilista y su fuerza enorme con la que sorprendía al público, privadamente, financiaba una pequeña actividad agropecuaria, con el deseo, como cualquier otro ciudadano, de vivir de su trabajo y formar una familia.

Manuel amaba su *Llajta* —todos los cochabambinos llaman así a su ciudad—, al pie de la cordillera del Tunari, esa pequeña parte del mundo circundada por montañas azules, moradas o cafés, según la hora del día y la estación del año; y se sentía

feliz cuando la fresca lluvia de la mañana empapaba la ciudad, desde la Recoleta en la zona norte, pasando por el pequeño casco viejo de casas de adobe alrededor de la plaza principal, hasta llegar al rancho denominado *Jaihuayco*, en la zona sur, donde él había nacido.

Necesitado de zanjar los asuntos de su corazón, Manuel Camacho tenía casi todo y distraía su urgencia de cariño visitando las chicherías: tabernas vallunas donde podía comer y beber en abundancia con los compinches que nunca faltaban. Su carácter dicharachero se calmaba cuando se quedaba solo y entonces pensaba que era hora de poner fin a su soltería, a pesar de sus temores por el cambio de vida y la responsabilidad que significaría una decisión tan importante.

Todos los jóvenes de su edad ya estaban casados y con familia, pero él, en el fondo, se preguntaba si sus hijos serían grandes como él y esto le preocupaba, aunque su médico de confianza le había explicado, pero no convencido, que eso no sucedería.

La chichería favorita del gigante pertenecía a doña María Peredo, mujer celosa de sus hijas Olimpia y Vicenta, quienes ayudaban a atender a los parroquianos que habían bautizado el lugar como *Las Cañahuequitas*. Ubicada en La Recoleta, en la zona norte de la ciudad, con extensas huertas atiborradas de árboles frutales, sembradíos de maíz, trigo y hortalizas; a orillas del río Rocha y conectada al casco viejo de la urbe a través de un puente metálico por donde circulaba el tranvía.

A escasos metros de ese puente se accedía a una pequeña plazuela, y allí se levantaba la fachada de un convento rodeado de unas cuantas casas que, por las noches, quedaban en la oscuridad porque los dos postes de luz pública eran apagados por un funcionario público antes de medianoche. Solo el murmullo del río acompañaba, durante el día y la noche, la vida de los habitantes de la zona.

Durante el día se podía ver a mujeres lavando ropa, a niños chapoteando en las aguas cristalinas, a jóvenes arriando ganado y a caballos calmando su

sed. Pero esas aguas que generaban vida, durante la época de lluvias también podían acarrear la muerte, porque el caudal del río aumentaba y arrasaba todo lo que encontraba a su paso.

En ese escenario, al pie del Tunari, doña María Peredo, su esposo Encarnación Gamboa y sus dos hijas Olimpia y Vicenta vivían en una casona con un gran terreno en la parte posterior, por donde incluso pasaba un arroyo. Encarnación era un padre ausente debido a su trabajo, en el que desafiaba la muerte dinamitando minas de cal, hacía viajes largos y solo volvía por unos días a descansar en su casa para luego partir nuevamente cargado de dinamita y pólvora.

No había duda, el motor de la familia era doña María, una chola de carácter severo a quien le gustaba tener para sí el prestigio del comando: ella tenía las riendas de la casa y de los negocios, en tanto que sus dos hijas se abocaban a seguir sus órdenes.

Una de las actividades para la jefa de la casa era recibir a los campesinos que vendían sus productos al por mayor para revenderlos en los puestos del

mercado; pero la actividad que le tomaba más tiempo era la atención diaria en *Las Cañahuequitas*.

Cada actividad tenía su espacio propio y las tres mujeres no se estorbaban entre sí, en la misma casa, que tenía un depósito grande, madre e hijas elaboraban la bebida. En dos peroles enormes, incrustados en fogones de barro, alimentados con leña de eucalipto, hacían hervir a fuego lento el grano de maíz molido y macerado, añadiendo clavo de olor, canela, cereales y otros ingredientes que solo María conocía; las dos hermanas se turnaban para mezclar el brebaje lentamente con paletas de madera, que más bien parecían remos de una patera. María fungía de alquimista controlando las proporciones de los ingredientes, así como la temperatura de cocción de ese jarabe. Después de varios hervores, con el mismo proceso, la chicha estaba en su punto y del color del oro. Ellas lo sabían porque un aroma agridulce invadía toda la casa y estimulaba las glándulas salivales de los transeúntes.

Cuando la pócima todavía estaba tibia, después de endulzarla se la vertía en cántaros grandes para que todo fermentara durante siete o nueve días, dependiendo del clima. Luego, llegado el momento propicio, María ordenaba a Vicenta o a Olimpia poner una cañahueca con una banderilla blanca en la puerta de la casa, anunciando que la producción estaba lista para consumir.

Doña María Peredo y sus dos hijas eran oriundas de Cochabamba, mujeres trabajadoras que en apariencia eran iguales porque vestían polleras plisadas, blusas de encaje que usaban cotidianamente, y sus cabelleras negras estaban destinadas a extenderse en doble trenza por la eternidad; sin embargo, el carácter de cada una de ellas no podía ser más diferente. Esto se reflejaba en los detalles de su apariencia, doña María, de carácter tosco y severo, llevaba polleras largas y de colores oscuros, mujer de escasas sonrisas, que en la vida había recibido pocas alegrías, a sus 40 años solo sabía expresar su cariño con la actitud rígida de la

protección; con el mismo rigor llevaba adelante los negocios familiares, principalmente la chichería, donde a ningún parroquiano se le pasaba por la mente faltarle el respeto ni a ella ni, mucho menos, a sus dos hijas.

Olimpia, la hija mayor, desde pequeña se había sometido anónimamente a la voluntad de su madre y cuando cumplió 20 años, María decidió que su niña debía encontrar marido. Por el contrario, la hija menor, Vicenta, a pesar de que era adolescente, tenía una personalidad perspicaz, un carácter decidido y un sentido práctico de la vida; su anhelo de libertad e independencia hacían que estuviese contenta solo cuando obtenía los mismos derechos y obligaciones que su hermana mayor.

A esta pequeña mujer le gustaba vestirse con colores vivos y alegres, y ella misma cosía sus polleras. Por supuesto que doña María no estaba conforme con la manía de emancipación de la chica, pero toleraba sus caprichos porque lo importante era buscar un buen marido para Olimpia, que debía

cumplir las leyes de Dios y de la patria casándose pronto.

Manuel Camacho era un parroquiano alegre de *Las Cañahuequitas*, que pasaba ahí su tiempo libre junto a sus amigos y esto provocaba que la chichería se llenara de curiosos que se deleitaban viendo gratis al Gigante de Jaihuayco. Esas visitas ablandaron un poco el carácter de doña María que vio en Manuel un buen partido para su hija: aunque gigante, era un hombre bien considerado. Así que ella dio indicaciones precisas a su hija:

—Vas a atender con dedicación al Gigante, y cada vez que pida más chicha irás tú a llenar las jarras, y cuidarás que en su mesa no falte de comer.

A Olimpia no le quedó más que obedecer los designios de su madre y ambos comenzaron a acercarse. Nadie podía calcular que las voluntades y sentimientos de las hijas de María tenían sus propias dinámicas. Ellas se contaban todo y, en una ocasión, cuando Olimpia cepillaba la cabellera recién lavada y perfumada de Vicenta, se confesaron:

—Olimpia, a mí también me gusta el Manuelito, aunque está bien grande.

—Pero nuestra madre lo quiere para mí. Como siempre, yo estoy haciendo solo lo que ella quiere.

—Verás hermana, yo me estoy enamorando de él y me voy a ganar su corazón— anunció Vicenta con tono juguetón.

A pesar de los 14 años de diferencia, Vicenta se había enamorado de Manuel, y con el carácter determinado que tenía, desobedeciendo a su madre, hizo todo para acercarse a él. Llevó las comandas, lo atendió con solicitud, una sonrisa por aquí, un roce de manos involuntario por allá, y si a eso se sumaban los efectos de los litros del néctar macerado, el resultado fue que los sentimientos del gigante cochabambino cambiaron de dirección y Vicenta se alojó en su corazón, escabullendo al control materno y a la desidia de su hermana mayor.

Al principio, a Manuel le llamó la atención la obstinación de Vicenta por acercarse y pasar más tiempo junto a él; poco a poco se cruzaron más

palabras, sonrisas pícaras y caricias escondidas, que dieron origen a un sentimiento desconocido en el gran corazón del gigante que, estando solo, se preguntaba si ella sería la mujer destinada a ser su compañera.

Tiempo después, en *Las Cañahuequitas*, el famoso gigante enamorado formalizó sus intenciones ante doña María, quien no tuvo más opción que dar su beneplácito, pues en el fondo sabía que para Olimpia era una obligación y que Vicenta se había ganado sola el cariño de ese hombre grande. Así que terminó aceptando el cambio de planes, sobre todo porque, al fin y al cabo, Camacho sería parte de esa familia.

Como no podía ser de otra manera, Encarnación Gamboa estuvo de acuerdo con las determinaciones de su esposa y aceptó la relación de su hija menor. La única condición fue esperar que Vicenta cumpliera los 18 años, porque de otra manera el cura de la Recoleta no oficiaría la ceremonia.

A Manuel la espera se le hizo interminable, pero llegó el día en el que Vicenta recibió al gigante como su esposo. Después de una ceremonia sencilla, la pareja se quedó a vivir en casa de doña María.

La diferencia de edades no fue un problema, y todo funcionó a la perfección porque nueve meses después nació el primer hijo, quien fue bautizado con el nombre de Apolinar. Cuando Manuel sostuvo a su hijo, como una perla pequeña que se perdía entre sus manos, comprendió que una nueva etapa iniciaba en su vida. La paternidad fue la chispa que cambió la forma de concebir su existencia, pues comprendió que seguiría existiendo a través de su hijo y que, a partir de ese momento, era responsable de ese niño y de la familia que había formado.

A sus 33 años el Gigante Camacho dejaba de ser un jovencuelo y comenzaba el viaje por la vida adulta junto a su esposa, en quien encontraría un apoyo entusiasta para el trabajo y los negocios que emprenderían. Hasta que esas nuevas experiencias se concretizaran, Manuel seguía entrenando pugilismo

con el deseo de convertirse en un campeón internacional.

Dos años más tarde, su hogar fue bendecido con la llegada de una niña a quien dieron el nombre de Valentina.

Llego a este mundo el 23 de junio del año 1935 pero me bautizan solo dos años después con el nombre de Valentina Camacho Gamboa, será por eso que en mi certificado de nacimiento aparezco como nacida en julio de 1937. Eso sí, nazco en Cochabamba, aunque después emigramos a La Paz.

Los primeros recuerdos que tengo de papá son muy vagos: estamos viajando en tren y estoy apoyada en su pierna. Soy como un granito de arena al lado de una montaña, y él me acaricia la cabeza porque estoy mal. Desde que tengo uso de razón, viajar en tren me sienta muy mal: mareos, vómitos y una descomposición total. De hecho, el malestar que me provocan los viajes termina siendo la causa principal para separarme de mis padres y mis hermanos.

Papá parece estar cansado, al pasar el tiempo, me queda claro que su responsabilidad con la familia crece cada día más, mamá me explica que con el tiempo algunos hombres de negocios y del mundo del espectáculo se acercan a él, con la máscara de amigos, buscando solo su propio interés económico, y una vez que se forran de dinero, él recibe solo migajas de toda la ganancia y los otros se marchan diciendo: “un día te lo pagaré”.

Cuando todavía somos pequeños, mamá y papá deciden trasladarse a La Paz, donde él continúa con su laburo y recibe más propuestas de negocios y exhibiciones, la oferta de un contrato en el circo no tarda en llegar: papá solo debía asombrar a los asistentes con su altura y su gran fuerza; pero en ese momento los planes de papá no pasan por el circo porque desea tener un laburo como cualquier otra persona. Finalmente, las cosas no salen bien y se ve obligado a viajar a la Argentina.

2.

Tucumán, junio de 1936

Manuel, padre de dos criaturas, aún albergaba la esperanza de despegar en su carrera deportiva y continuaba con sus entrenamientos, encuentros pugilísticos y exhibiciones en eventos públicos entre La Paz y Cochabamba. La población estaba acostumbrada a su presencia y, aparentemente, parecía que sus dimensiones gigantescas eran parte del paisaje cotidiano porque lo extraordinario pierde su esencia cuando la gente se familiariza con aquello que antes era inalcanzable y oculto.

Manuel contaba con el apoyo de Vicenta, que con sus brazos descubiertos siempre estaba lista para trabajar a su lado, como su aliada, en los proyectos familiares. Ambos tenían dudas de cómo invertir el capital acumulado. Manuel tenía el deseo de internacionalizarse con su carrera deportiva, y cuando un hombre de negocios le ofreció exhibirse en Tucumán, aceptó la oportunidad sin pensarlo dos